

BOHEMIA

ADMINISTRADOR:

DIRECTOR:

SECRETARIO DE REDACCION:

CARLOS BASAURI.

L. MENDIETA Y NUÑEZ.

L. ESPINOSA Y E.

REGISTRADO COMO ARTICULO DE 2ª CLASE EL

DE JUNIO DE 1913.

NUMERO 1.

JUNIO DE 1913.

TOMO I.

El Pozo de la Vida.

La caravana se alejó, dejando al camellero enfermo abandonado al pie del pozo.

Allí las caravanas hacen alto siempre, por la fama del agua, de la cual se refieren mil consejas. Según unos, al gustarla se restaura la energía, según otros, hay en ella algo terrible, algo siniestro.

Los devotos de Alí, yerno y continuador de la obra religiosa y política de Mo hamed, profesan respeto especial a este pozo; dicen que en él apagó su sed el generoso y desventurado príncipe, en el día de su decisiva victoria contra las huestes de su jurada enemiga Aixa o Aja, viuda del Profeta.

Como no ignoran los fieles creyentes, en esta batalla cayó del camello que montaba, la Profetiza, y fué respetada y perdonada por Alí, que la mandó conducir a la Meca otra vez. Aseguran que de tal episodio histórico procede la discusión sobre las cualidades del agua del Pozo de la Vida. Es fama que Aixa la ilustre, una de las cuatro mujeres incomparables que han existido en el mundo, al acercar a sus labios el agua cuando la llevaban prisionera y vencida, aseguró que tenía insoportable sabor.

El camellero no pensaba entonces en el gusto del agua. Miraba desvanecerse la nube de polvo de la caravana alejándose, y se veía como naufrago en el mar de arena del desierto.

Verdad que el pozo se encontraba clavado en lo que llaman un oasis; diez o doce palmeras, una reducida construcción de yeso y ladrillo destinada a bebedero de los camellos y albergue mezquino y transitorio para los peregrinos que se dirigían a la Mezquita lejana—a esto se reducía el oasis solitario.—Devorado por la calentura que secaba la sangre en sus venas, el camellero frugal y sobrio

siempre, ahora apenas se acercaba al alimento, a las provisiones de harina y dátiles. Su sostén era el agua del pozo.

—No en balde se llama el Pozo de la Vida—Bebiendo sanaré.

Transcurrieron dos o tres días. El abandonado no cesaba de sumergir el cuenco en el odre que al partir, con piadosa previsión, habían dejado lleno sus compañeros de caravana. Y pensaba para sí;—Mi mal me trastorna los sentidos. Esta agua, al pronto tan gustosa ahora parece se ha tenido en infusión coloquintida.

Al día tercero, algunas muchachas de la tribu de los Beni—Said, acampada a corta distancia en la vertiente de un valle árido vinieron a cebar sus odres en el pozo. El enfermo solicitó de ellas que le renovasen la provisión porque sus fuerzas no lo consentían. Una virgen como de quince años, de esbeltez de gacela, atirantó la cuerda con sus brazos morenos, y el cangilón ascendió rebosando un líquido claro y frío como cristal. El enfermo tendió las manos ansiosas y hasta sonrió de gozo, cuando la muchacha en su cuenco de arcilla esmaltado de vivos colores, le presentó la prueba de aquella delicia. Pero, apenas humedeció la lengua, hizo un mohín de disgusto.

—¡Amarga más todavía que la del odre! —murmuró consternado.

La muchacha vertió otra vez agua en el cuenco y bebió despacio con fruición.

—¿Qué dices de amargura?—interrogó burlándose—Está más fresca que los copos de la nieve, y más dulce que la leche de nuestras ovejas. Ha refrigerado y exaltado mi corazón. No he encontrado jamás agua tan sabrosa. Probad vosotras, a ver quien se engaña.

Y el grupo de jóvenes aguadoras, antes de cargar en las fundas de red de